



A. DUMAS
—
IMPRESIONES
DE VIAJE
—
EL CORRICOLO

BIBLIOTECA
DE LOS
NOVELISTAS
—
V. CH. BOURET



THE HISTORY OF THE

EMPIRE OF GREAT BRITAIN

BY HENRY SMOLLETT

IN SEVEN VOLUMES

LONDON: Printed by R. and J. DODD, in Pall-mal

1789.



DG843

D8

v. 1

D8862i



1020025109



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

IMPRESIONES
DE VIAJE

Núm. Clas. 910
Núm. Autor D8862
Núm. Adg. 15321
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 67
Catalogó _____

IMPRESIONES
DE VIAJE

EL CORRICOLO

FOR

ALEJANDRO DUMAS

TOMO PRIMERO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Ddo. 1525 MONTERREY, MEXICO

098677

LIBRERÍA DE LA V^{DA} DE CH. BOURET

PARÍS

23, Rue Visconti, 23

MÉXICO

Avenida del Cinco de Mayo, 45

1911

15321



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRESIONES DE VIAGE

— EL CORRICOLO —

INTRODUCCION

El *corricolo* es sinónimo de *calessino*, pero como no háy una igualdad completa, esplicaremos la diferencia que existe entre el corricolo y el calessino.

El corricolo es una especie de tilburi destinado en su origen á contener una persona y á ser arrastrado por un caballo; actualmente se enganchan dos caballos y conduce de doce á quince personas.

Y no se crea que va al paso como las carretas de bueyes de los reyes francos, ó al trote como el cabriolé de una administracion, no; va al galope sostenido; y el carro de Pluton que llevaba á Proserpina por las orillas del Himere

no iba mas veloz que el corricolo que surca los muelles de Nápoles sin detenerse, caminando sobre un suelo de lava y levantando el polvo de sus cenizas.

Sin embargo, en realidad no tira mas que uno de los caballos, el de varas. El otro, que se llama el *bilancino*, y que está enganchado á un lado, salta, caracolea, escita á su compañero, y esto es todo lo que hace. ¿Qué Dios, como á otro Tytiro, le ha concedido este descanso? Es la casualidad, es la Providencia, es la fatalidad: los caballos, como los hombres, tienen su estrella.

Hemos dicho que este tilburi destinado á una persona, conduce ordinariamente doce ó quince: esto exige una esplicacion como comprendemos perfectamente. Un antiguo proverbio francés dice: «Donde hay para uno hay para dos.» Pero no conozco ningun proverbio de lengua alguna que diga: «Donde hay para uno hay para quince.»

Sin embargo, así sucede con el corricolo: ¡hasta tal punto la civilizacion desarrollada ha tergiversado el destino primitivo de cada cosa!

Cómo y en cuánto tiempo se ha hecho esta aglomeracion sucesiva de individuos en el corricolo, es lo imposible de determinar con precision. Contentémonos con decir cómo se verifica.

En primer lugar, y casi siempre, un fraile grueso está sentado en medio, y forma el centro de la aglomeracion humana, que el corricolo lleva como uno de esos torbellinos de almas que el Dante vió siguiendo un gran estandarte en el primer aposento del infierno. Lleva sobre una de sus rodillas alguna fresca nodriza de Aversa ó de Nettuno, y sobre la otra alguna linda aldeana de Bauli ó de Prócida; á ambos lados del fraile entre las ruedas y la caja, se colocan de pié los maridos de aquellas damas. Detrás del fraile se levanta sobre la punta de los piés el propietario ó el conductor del vehiculo, teniendo en la

mano izquierda la brida y en la derecha el largo látigo con que mantiene en una constante é igual velocidad el paso de sus dos caballos. Detrás de este se agrupan á su vez, y á la manera de lacayos de casa grande, dos ó tres lazzaroni que suben y bajan, se suceden, se renuevan, sin pensar jamás en pedirles una propina en cambio del servicio prestado. Sobre las dos varas están sentados dos muchachuelos recogidos en el camino de Tierra del Greco ó de Pouzzoies, ciceroni supernumerarios de las antigüedades de Herculano y de Pompeya, guías prófugos de las antigüedades de Cumas y de Baia. En fin, por debajo del eje del carruage, entre las dos ruedas, dentro de una red de gruesas mallas, y que va dando sacudidas de alto á bajo, á lo largo y á lo ancho, se remueve alguna cosa informe que rie, que llora, que grita, que gruñe, que se queja, que canta, que se burla, y que es imposible distinguir en medió del polvo que levantan los piés de los caballos: son tres ó cuatro muchachos que no se sabe á quien pertenecen, que se ignora á donde van, que viven no se sabe cómo, que están allí sin que se sepa cuando han venido, y que permanecen allí no se sabe por qué.

Ahora poned debajo unos de otros, al fraile, aldeana, maridos, conductor, lazzaroni, muchachuelos y muchachos; sumad el todo, añadid la nodriza, y tendreis vuestra cuenta. Total, quince personas.

Sucede algunas veces que la fantástica máquina, cargada como va, pasa sobre una piedra y vuelca: entonces todo el cargamento del carruage se esparce por el camino, lanzado cada uno á mas ó menos distancia, segun su mayor ó menor gravedad. Pero todos se reponen al punto, se olvida su accidente para no ocuparse mas que del fraile: le palpan, le vuelven, le revuelven, le levantan, le preguntan. Si está herido, todo el mundo se detiene, uno le lleva, otro le sostiene, otro le mima, otro le acuesta y otro le vela. El corricolo está colocado en un rincon

del patio, los caballos entran en la cuadra; por aquel día el viage ha concluido; se llora, se lamenta, se suplica. Pero si por el contrario, el fraile está sano y salvo, nadie tiene nada; vuélvese á subir en su sitio, la nodriza y la aldeana ocupan de nuevo cada una el suyo; todos se colocan otra vez en sus diversos asientos, y con solo el grito escitador del conductor, el corricolo emprende su intrépida marcha, rápida como el viento é infatigable como el tiempo.

He aquí lo que es el corricolo.

¿Pero cómo el nombre de un carruaje ha llegado á ser el título de una obra? Esto es lo que el lector verá en el segundo capítulo.

Ademas tenemos antecedente de este género, al que nos asiste un derecho de invocar mas que nadie; y es el *Spéronare*.

PRIMERA PARTE

I

OSMIN Y ZAIDA

Nos habíamos apeado en la fonda de la Victoria. El señor Martin Zir es el tipo del perfecto fondista italiano; hombre de gusto, hombre de imaginacion, anticuario distinguido, aficionado á pinturas, entusiasta por las curiosidades, coleccionador de autógrafos, el señor Martin Zir lo es todo, escepto fondista. Lo cual no impide que la fonda de la Victoria sea la mejor fonda de Nápoles. ¿En qué consiste esto? No lo sé. Dios lo es, porque lo es.

Es verdad que la fonda de la Victoria está situada en una disposicion que encanta: si abris una ventana veis